EL BARON DE TRENCK.

(1746-1763.)

Federico, baron de Trenck, nacido en 1726 en Kœnigsberg, era hijo de un oficial superior del ejército prusiano, y primo hermano del famoso Trenck, coronel de panduros al servicio de María Teresa. A los diez y ocho años era ya oficial de la guardia real de Federico II, y gozaba de gran favor con este príncipe. El talento precoz que mostraba, su valor á toda prueba, y algunas brillantes acciones que le acreditaron, le habian producido tan rápida carrera, causándole al mismo tiempo muchos envidiosos y no pocos enemigos. Presuntuoso é imprudente, como puede serlo un jóven, dirigió sus homenajes á la princesa Amelia, hermana del rey, y esta fué una de las primeras causas de su desgracia, tal vez la principal, y á la que siguieron otras muchas.

En la campaña de 1744, los forrajeadores enemigos apresaron al palafrenero del jóven guardia con dos de sus caballos, y habiéndolo sabido el rey, hizo que se le diera uno de sus caballerizas; pero al dia siguiente volvió el palafrenero con los dos caballos, conducido por un trompeta enemigo que remitió á Trenck este billete del jefe de los panduros:

« Trenck el austriaco no está en guerra con su primo Trenck el prusiano; se complace, pues, en haber podido sacar de manos de sus húsares los dos caballos que le

han sido apresados, y se los devuelve, con la expresion de su afecto. »

El jóven oficial fué inmediatamente á informar de la aventura al rey, que le dijo mirándolo con aire severo:

— Ya que vuestro primo os ha devuelto los caballos, para nada necesitais el mio.

Habian pasado algunos meses, y Federico parecia haber vuelto á sus sentimientos de paternal benevolencia, cuando de improviso estalló sobre la cabeza del infortunado jóven el rayo con que le amenazara un dia su terrible soberano.

Siete ú ocho meses antes, Trenck cedió á las instancias de un oficial superior de su regimiento, y escribió á su pariente el jefe de los panduros, una carta sin importancia, pero que constituia, sin embargo, una grave falta contra la disciplina. El hecho de su palafrenero y los dos caballos habia acaecido despues, y ya no pensaba en la carta, cuando recibió una contestacion que probablemente no venia de su primo y era obra de un falsificador, del mismo oficial tal vez que le indujo á seguir tan imprudente correspondencia. Lo cierto es que Trenck fué arrestado el mismo dia y conducido al castillo de Glatz, donde se le asignó como calabozo el cuerpo de guardia, con una libertad relativa en el recinto de la fortaleza. Cometió la imprudencia de escribir al rey, quejándose de su injusticia con una altivez poco cortesana, y esto, como era natural, solo contribuyó á perjudicarle. Habian pasado cinco meses desde su arresto, y el rey no habia respondido aun á su demanda de ser juzgado militarmente: se hizo la paz, y su plaza en los guardias se dió á otro; entonces cruzó por su mente la idea de evadirse.

En Glatz se habia captado la amistad de muchos de los oficiales que le guardaban, dándoles una buena cantidad del dinero de que le proveian con abundancia.

oficiales le propusieron ayudarle y acompañarle en su fuga; y puestos de acuerdo, se prepararon para verificarla; pero nuestros tres imprudentes, queriendo libertar, por conmiseracion, á un oficial condenado á diez años de prision en la fortaleza, le manifestaron todo á este miserable, que habia recibido de Trenck cuantiosos beneficios, y que los vendió el mismo dia que le notificaron el plan, alcanzando su perdon y la libertad en pago de su traicion. Uno de los oficiales, advertido á tiempo, pudo salvarse, y el otro pagó con un año de prision, gracias á Trenck, que ganó su juez á costa de dinero; en cuanto á Trenck, fué vigilado mas de cerca á partir de aquel dia. Algunos años despues, Trenck encontró en Varsovia al cobarde que los habia vendido, y le dió el castigo que merecia, vengándose con las armas en la mano y dejándolo muerto en el sitio.

El rey se irritó mucho con esta intentona de evasion, que le pareció confirmar todos los hechos imputados al prisionero. La madre de Trenck habia solicitado algun tiempo antes la libertad de su hijo, y el monarca respondió en términos que hacian esperar esta gracia, despues de un año de prision. Pero Trenck no recibió de esto noticia alguna, y su detencion, mas rigurosa cada dia, le impulsaba á intentar nuevos medios de fuga, que debian favorecer la benevolencia ó complicidad bien pagada de sus guardianes.

Hé aquí en qué términos cuenta él mismo su primera tentativa:

« Estaba encerrado en una torre que caia hácia el lado de la ciudad, y mi ventana, que dominaba la muralla, media quince brazas de elevacion. Era preciso, por lo tanto, que al salir de la ciudadela atravesase la villa y que hubiese descubierto de antemano un refugio seguro. Con este objeto, uno de mis cómplices ganó á un honrado jabonero que consintió en recibirme en su casa. Despues

de dentar mi cortaplumas, trabajé sin descanso, y logré cortar tres barrotes de hierro muy gruesos; pero la operacion me cansaba por lo larga, siendo necesario que rompiese ocho barrotes del mismo modo, antes de poder bajar por la ventana. Un oficial me procuró una lima que usé con mucha circunspeccion, á fin de no ser descubierto por el centinela. Tan luego hube terminado felizmente mi trabajo, hice tiras mi maleta de cuero que trencé con las sábanas de la cama, uniendo las unas al extremo de las otras, y dejándome deslizar desde tan espantosa altura, llegué abajo sin accidente. El agua caia á torrentes, la noche era oscura, todo favorecia mis planes. Pero tenia que pasar á vado un albañal, receptáculo de todas las inmundicias del fuerte, antes de llegar á la ciudad. No habia contado con esta contrariedad; me hundí en el lodo hasta las rodillas y no logré poder salir á pesar de todos mis esfuerzos. Estaba hundido de tal modo en la cloaca, que mis fuerzas fueron inútiles y tuve al fin que pedir auxilio al centinela de la muralla. »

Al momento fueron á prevenir al comandante de que Trenck estaba atascado en los fosos de la ciudadela.

« Para colmo de desgracias, el comandante de Glatz era el general Fouquet, hombre duro, enemigo implacable de todos los que no sabian arrastrarse torpemente bajo el yugo de la disciplina. Mi padre le habia herido en combate singular, y poco tiempo antes, Trenck el austriaco le apresó su bagaje; así es que solo el nombre de Trenck le era odioso, y me lo probó en diversas circunstancias. Ordenó que me dejasen en la cloaca hasta las doce del dia, para servir de espectáculo y juguete á toda la guarnicion. Cuando me sacaron del albañal hizo que me llevasen á mi calabozo, y durante el dia me negaron el agua para lavarme, lo que, como se comprende, me hacia mucha falta. Imposible es formarse una idea del estado asqueroso y repugnante de mi persona: en

los esfuerzos que hice me habia cubierto de inmundicias y era realmente digno de compasion; al fin me mandaron dos prisioneros que me ayudaron á limpiarme.

» Desde este momento fuí encerrado y vigilado con todo el rigor imaginable. Tenia aun sobre mí ochenta luises de oro que felizmente me dejaron al instalarme en mi nueva y estrecha prision, y de los que saqué despues un buen partido...

» No habian trascurrido ocho dias desde mi desacertada tentativa, cuando acaeció otro suceso que en verdad pareceria digno de figurar en una novela, si no escribiese en un momento en que yo, principal actor de la escena, puedo tomar por testigos á todo Glatz, al ejército prusiano, instruido del hecho por testigos oculares. Lo que va á leerse probará que la temeridad, y el valor de la desesperacion, pueden hacer posibles las empresas mas inverosímiles, y que la casualidad puede lanzar á un hombre de resolucion en la via de la salud, mas fácilmente que un proyecto meditado y apoyado en todas las precauciones de la discrecion y de la prudencia... Hé aquí el hecho :

» El mayor de la plaza Doo vino á verme á la prision, escoltado por el ayudante y un oficial de guardia. Despues de haber visitado todos los rincones del calabozo, trabó conversacion conmigo, diciéndome que mi crímen se habia agravado por las tentativas que habia hecho para romper mis cadenas, y que no dudaba que el resentimiento del rey fuese ahora profundo. La palabra crímen me puso furioso, pero él me exhortó á la paciencia y á la moderacion. Le supliqué me dijera el plazo que el rey habia fijado á mi detencion, y me contestó que un oficial culpable de traicion, que habia mantenido correspondencia con los enemigos del Estado, no podia esperar el término de su pena mas que de la gracia del rey. En tanto que me hablaba, yo habia estado mirando su espada

El soldado me agarró el pié.

de reojo, y aun no habia acabado su última respuesta, cuando me eché sobre él, se la arranco, me lanzo fuera del calabozo, tiro por tierra al centinela y al oficial de guardia, que mi aparicion habia sorprendido, y los hago rodar los peldaños de la escalera. El cuerpo de guardia me cerraba el paso; pero me lancé sobre él sin titubear un instante, dando estocadas á diestro y siniestro. Mi accion era tan temeraria y sorprendente que causaba miedo y admiracion: habia ya herido á cuatro soldados, cuando las filas se abrieron, me hicieron lugar y pasé á través de aquellos hombres paralizados por la sorpresa, y salté desde la muralla, que tenia una elevacion prodigiosa, al foso, cayendo de piés, sin haberme hecho daño alguno, ni haber dejado de la mano la espada. Llegado á la segunda muralla, mucho mas baja que la primera, la franqueé rápidamente con igual suerte cayendo tambien de piés. Nadie habia tenido tiempo de cargar sus armas, ni nadie pensó en perseguirme por el camino que habia tomado. Tenian que dar un gran rodeo para seguir mis pasos, y antes de que pudiesen ganar la puerta de la ciudad, tenia media hora de adelanto sobre ellos. Sin embargo, al ir á atravesar el estrecho pasaje de una obra interior, un centinela me atajó el paso oponiéndose á mi fuga. Aunque tenia armado el fusil con la bayoneta, separé este arma y le asesté una terrible cuchillada que le dejó fuera de combate: otro centinela venia corriendo tras de mí, y entonces quise saltar la empalizada, pero quedé sujeto por un pié entre dos tablas de la estacada. El soldado me dió un bayonetazo en el lábio superior, y como me era imposible libertarme, me agarró el pié y me obligó á permanecer en esta dolorosa posicion hasta que otro soldado vino en socorro suyo. Me defendí como un hombre animado por la desesperacion, pero me desarmaron y molieron á culatazos y me condujeron nuevamente á la prision.

» Es sin embargo seguro que si hubiera podido salvar las empalizadas, y muerto sin misericordia al soldado que me perseguia, habria tenido tiempo de ganar las montañas antes de que me hubiesen alcanzado. Así, habria llegado á Bohemia, despues de haber abandonado en medio del dia las murallas de Glatz, atravesado toda la fortaleza y la hilera de soldados que se oponian á mi fuga. Mi espada me habria bastado para no temer, cuerpo á cuerpo, á todo el que me persiguiera, y en este intervalo, habria desafiado á correr á los hombres mas ágiles.

» Hasta el momento de saltar las empalizadas, una prodigiosa fortuna me parecia secundar mis designios, pero me abandonó en el momento decisivo. Despues de semejante temeridad, mis esperanzas todas quedaron desvanecidas. Me encerraron mas rigurosamente todavía; colocaron en mi calabozo á un alferez y dos soldados que no me dejaban nunca, y fuera habia varios centinelas para vigilarme. Mi estado era espantoso, pues los culatazos me habian maltratado horriblemente, tenia un pié lastimado, escupia sangre, y mi herida fué bastante considerable para tardar mas de un mes en curarse.

» Sumido de nuevo en los horrores del cautiverio, solo pensaba en aprovechar todas las ocasiones para una nueva tentativa. Habia estudiado el carácter de los soldados que me custodiaban, y tenia dinero; con este socorro y un poco de habilidad, se puede esperar mucho de soldados descontentos del servicio. Bien pronto conté con treinta y dos hombres dispuestos á servirme... Salvo dos ó tres excepciones, ninguno de los conjurados conocia á los otros, y no podian venderme todos juntos. El alferez Nicolaï debia mandar la expedicion... De los cuatro oficiales que mandaban alternativamente la guardia exterior, tres estaban en favor mio. Todo se hallaba

pronto; las municiones se habian ocultado en un hueco de mi prision; nuestro intento era libertar á los prisioneros y ganar la Bohemia á son de caja. Desgraciadamente Nicolaï puso en el secreto á un desertor austriaco que descubrió el complot.

» El gobernador mandó al momento su ayudante á la ciudadela con una órden al oficial de guardia para apoderarse de Nicolaï. Este tambien estaba de guardia y era el solo que conocia á todos los conjurados, de los que habia algunos de guardia con él. Tomando al punto su partido, saltó á las casamatas gritando : — « ¡A las armas, camaradas, nos han vendido! » Lo siguieron al cuerpo de guardia donde se apoderaron de los fusiles; Nicolaï hizo cargar las armas y voló á mi prision para libertarme, pero la puerta era de hierro y no habia tiempo para romperla. Despues de vanos esfuerzos, viendo que nada podia hacer por mí, Nicolaï marchó con diez y nueve hombres que le seguian fusil al hombro, hácia la puerta que daba al campo. El subalterno que estaba en ella de guardia y los seis hombres que mandaba se le unieron, y antes de que hubieran ordenado nada para perseguirlos, estaban á la mitad del camino de la frontera; su fortuna les condujo rápidamente hasta Braunau, en Bohemia.

» Este suceso hizo descargar sobre mi cabeza una terrible tempestad. Se trataba nada menos que de instruir mi proceso como conspirador. Redoblaron las precauciones y mi guardia. Sin embargo, estaba seguro de que no sospechaban de los oficiales, y como tenian la órden de hacerme varias visitas al dia para asegurarse de mi tranquilidad, conservé la esperanza de evadirme.

» El teniente Bach, que cada cuatro dias montaba la guardia á mi lado, era un insigne pendenciero, ó por mejor decir, espadachin por temperamento y por gusto. Contínuamente estaba desafiando á sus camaradas, que

no salian jamás bien librados de sus manos. Un dia que este terrible batallador, sentado á mi lado sobre la cama, me contaba que la víspera habia herido en el brazo al teniente Schell, le dije sonriendo : — « Si yo estuviera libre, no me heriríais sin trabajo, porque yo tambien sé manejar una espada. » Al momento se le subió la sangre á la cabeza y se empeñó en probarme su habilidad : improvisamos dos floretes de las astillas de una carcomida puerta que me servia de mesa, y al primer asalto le marqué una estocada en el pecho. Salió bruscamente sin articular una palabra, y grande fué mi sorpresa cuando le ví entrar á poco, y sacando dos sables de soldado que traia bajo el capote, presentarme uno diciendo : — « Ahora, veamos cómo pones en práctica tus fanfarronadas. » En vano le advertí del peligro que corria, no quiso escuchar nada y me atacó como un desesperado. A los pocos pases le herí en el brazo derecho, y al instante tiró su sable, se me colgó del cuello, me abrazó y exclamó como movido por una emocion de convulsiva alegría : — « Amigo Trenck, tú eres mi maestro, y serás libre; sí, es preciso que estés libre, y tan cierto como me llamo Bach, yo te procuraré tu libertad. » Vendé su herida, que era bastante profunda, se retiró tranquilamente, mandó venir un cirujano que le hizo la primera cura, y la misma noche se presentó otra vez en mi cuarto.

» Volviendo á su proposicion de libertad, me dijo que era imposible me evadiese si el oficial de guardia no consentia en huir conmigo; que en cuanto á él, estaba pronto á sacrificarlo todo por mí, pero que era incapaz de cometer una villanía, y no era otra cosa el desertar estando de guardia. Pero me dió su palabra de honor de procurarme en breve el hombre que necesitaba y no olvidar nada para servirme. Al dia siguiente volvió y me presentó al teniente Schell diciéndome : — « Ahí teneis

á vuestro hombre. » Schell me abrazó, me comprometió su palabra, y deliberamos en seguida sobre los medios que debiamos poner en juego.

» Schell habia llegado poco antes á la guarnicion de Glatz, y no debia entrar por primera vez de guardia á mi lado, hasta dentro de tres dias : naturalmente dejamos el asunto para aquella época. Pero como no recibia mas fondos y toda mi riqueza consistia en seis pistolas, se convino en que Bach fuese á Schweidnitz para pedir dinero á un primo mio que allí habitaba. Bueno es advertir que vivia en la mejor inteligencia con todos los oficiales de la guarnicion, salvo un llamado Rœder, que era duro conmigo y se complacia en causarme todas las contrariedades posibles. El mayor Quaadt era pariente mio por parte de mi madre, y deseaba sinceramente mi evasion. Bach, Schrœder, Lunitz y Schell, los cuatro teniéntes que alternando me guardaban, se ocupaban de mis preparativos. Schell debia huir en mi compañía, y Schrœder y Lunitz seguirnos de cerca. La generalidad de los oficiales enviados de guarnicion á las fortalezas, eran pobres diablos cargados de deudas ó de malos negocios, y de consiguiente vivian en la indigencia, despreciados en todo el ejército, y no pensaban mas que en desertar. Como yo tenia siempre dinero, hacia nacer en ellos esperanzas de fortuna y encontraba amigos fácilmente.

» Sin embargo, se habia esparcido el rumor de que los oficiales eran en exceso familiares conmigo. Se dió órden para que mi prision estuviese siempre cerrada y que me pasasen lo que necesitara por un ventanillo practicado en el centro de la puerta, y se prohibió bajo penas severas el que nadie comiese conmigo. Pero los oficiales mandaron hacer una llave parecida á la que guardaba el mayor, y pasaban á mi lado una parte del dia y de la noche. Un cierto Damnitz, capitan prusiano, ocu-

paba un calabozo enfrente al mio ; este hombre, despues de haber desertado el servicio de la Prusia, robando la caja de su compañía, se habia hecho espía pagado del Austria, y cogido en flagrante delito, habia sido condenado á muerte, y por conmutacion, á la prision perpétua. Este digno personaje, era el espía del mayor de plaza, quien sabia por él mis relaciones con los oficiales.

» El 24 de diciembre Schell estaba de guardia, vino á verme y lo dispusimos todo para huir el dia que entraba de servicio, es decir, el 28. Pero el mismo dia, el teniente Schrœder, comiendo en casa del comandante, supo que tenian órden de arrestar inmediatamente al teniente Schell. Nos creyó vendidos y se apresuró á ver á Schell en la ciudadela. — « Todo está descubierto, le dijo, huye pronto, porque deben arrestarte dentro de un momento. » Schell podia escaparse solo y muy fácilmente ; Schrœder le habia propuesto ademas acompañarle á Bohemia, pero este generoso amigo no quiso abandonarme. Subió á mi calabozo con un sable de municion oculto bajo su capote y me dijo : — « Amigo mio, nos han vendido. Sígueme y no permitas que caiga vivo en poder de mis enemigos. » Quise hablar, pero me asió la mano repitiendo : — « Sígueme, no tenemos tiempo que perder. » Me vestí lo mas pronto que pude, y salí con tanta precipitacion, que olvidé tomar algun dinero que habia ocultado.

» Al salir, Schell dijo al centinela : — « Llevo vuestro prisionero al puesto de oficiales, permaneced ahí. » Estuvimos en efecto en dicho sitio, pero lo dejamos al momento, saliendo por la puerta opuesta. Mi amigo tenia el proyecto de avanzar por debajo del arsenal hasta la fortificacion exterior y luego franquear las empalizadas ; pero no habiamos andado cien pasos cuando vimos venir á lo lejos al mayor Quaadt y su ayudante. Schell se atemorizó, subió al parapeto, y como en este lugar

la altura de la muralla no es muy considerable, saltó abajo. Lo seguí y llegué felizmente á tierra sin mas daño que una rozadura en la espalda, pero Schell fué menos afortunado y se dislocó un pié. Sacando al momento su espada me suplicó que le matase y huyese del modo mas seguro que pudiera. Schell era pequeño y de constitucion débil : así no me fué difícil cogerle en brazos y hacerle pasar por encima de las empalizadas ; luego, tomándole á cuestas, me eché á correr con mi carga sin saber fijamente á dónde me dirigia. El sol acababa de ponerse, una espesa niebla cubria la tierra y caia una copiosa escarcha. Entretanto, habian dado la alarma en la fortaleza, y nuestra situacion se hacia tanto mas crítica, cuanto que todo el mundo nos conocia ; pero antes de que alguno de la ciudadela pudiese llegar á la villa y pasar las puertas para ponerse en nuestro seguimiento, debia pasar mas de media hora.

« No estábamos á cien pasos de la plaza cuando oimos el cañon de alarma. Este ruido asustó mucho á Schell, porque sabia que rara vez podia un desertor llegar felizmente á la frontera, si no habia podido adelantar dos horas de camino antes de que se disparase el cañon, y que los húsares y hasta los mismos habitantes del campo, estaban muy alerta para atajar los pasos, en ejecucion de las órdenes dadas de antemano para semejantes circunstancias. No estabamos á un cuarto de legua de la fortaleza, cuando ya vimos todo en movimiento, delante y detrás de nosotros. Todavía no habia cerrado la noche, y sin embargo íbamos escapando con una dicha sin igual, gracias á mi presencia de espíritu y á la reputacion que me habian dado mis anteriores proezas, pues suponian, con razon, que no bastarian dos ó tres hombres para arrestarnos. Ademas, creian que no podiamos haber emprendido un proyecto como el nuestro, sin habernos provisto de to-

das las armas necesarias, y no sospechaban ni remotamente que teniamos por toda defensa la espada de Schell y un mal sable de infantería.

» Cuando hube llevado mi amigo á alguna distancia, lo puse en tierra y mirando á mi rededor, no ví ni la ciudad, ni la ciudadela; era imposible que nos distinguiesen porque la niebla era muy espesa. Tenia toda mi presencia de ánimo y estaba resuelto á morir ó á recobrar mi libertad. Dije á Schell : —«¿Dónde estamos? ¿Por dónde se vá á Bohemia? ¿Dónde corre el Neisse?» El pobre jóven no estaba en estado de responderme, no podia recobrar sus ideas y el dolor lo trastornaba; así, en vez de satisfacer á mis preguntas, no hizo sino suplicarme no lo abandonase vivo, pues no era probable que se realizase nuestra fuga. Entonces le prometí bajo juramento, que si no nos quedaba recurso alguno, le daria la muerte antes que dejarlo caer en poder de nuestros enemigos, y esta promesa lo reanimó. Miró á su alrededor, reconoció algunos árboles, y me dijo que no estábamos lejos del Neisse. — « ¿Por dónde pasa el Neisse? » Trató de recordar el lugar y me lo indicó. « Todo el mundo, le dije, nos ha visto dirigirnos hácia la frontera de Bohemia, y no hay esperanza para nosotros por ese lado. Han formado un cordon, y todos los caminos deben estar cubiertos de húsares y aldeanos que nos buscan ó nos esperan. — Lo tomé de nuevo á cuestas y me dirigí en derechura hácia el Neisse. Desde allí no tardamos en oir el rumor del movimiento que habia en todos los pueblos, los aldeanos que se apresuraban á formar el cordon llamado de desercion y los gritos de los que daban la alarma. El rio estaba helado, pero con tan poca consistencia, que el hielo se rompia bajo mis piés : llevé á cuestas á Schell en tanto que pude ir vadeando el rio, pero cuando ya no hice pié, tuvo que asirse á mis cabellos, pues no sabia nadar.

Fué asunto de un minuto y tuvimos el placer de abordar la orilla opuesta.

» Puede comprenderse lo grato que seria el 24 de diciembre atravesar un rio á nado, para permanecer luego expuesto al aire durante diez y ocho horas. A las siete de la noche la niebla se habia disipado, cesó la escarcha, brillaba la luna, y no tardó en helar. El camino y el peso de mi amigo que llevaba siempre en hombros, me impedian enfriarme, á pesar de estar completamente calado. El pobre Schell se moria de frio y su pié le causaba dolores horribles. Sin embargo, una vez pasado el Neisse, estábamos mas tranquilos, porque nadie podia pensar en perseguirnos por el lado de la Silesia. Costeé el rio durante media hora, adelantando siempre ; y despues de haber atravesado el pueblo en que empezaba la línea de desercion, que Schell conocia por haber estado en él varias veces, la casualidad hizo que encontrásemos en la orilla del rio una barca de pescador; cortando al momento la cuerda que la sujetaba, viramos á la orilla opuesta, y en poco tiempo ganamos las montañas.

» Una vez allí, descansamos sobre la nieve, cobramos ánimo, y nos consultamos sobre el partido que debiamos tomar. Corté un baston para Schell que entonces pudo andar apoyándose en un palo; pero la nieve era espesa y estaba cubierta de una capa dura de hielo que se rompia bajo nuestros plantas, y mi pobre camarada andaba penosamente. Durante la noche caminamos de este modo, hundiéndonos algunas veces en la nieve hasta medio cuerpo, y deteniéndonos continuamente. Cuando apuntó el dia, nos creiamos ya bien cerca de las fronteras, que están á 4 millas (30 kilómetros aproximadamente) de Glatz : pero puede adivinarse cuál seria nuestro pavor al oir dar la hora al reló de la ciudad de que huiamos. El frio y el cansancio nos hacian sufrir horriblemente ; el hambre no dejaba tampoco de ator-